

**Las fortalezas sociales: un convivir pleno**  
**R. Esteban Montilla, Ph.D.**  
**Octubre 2009**

La vida plena es más que una búsqueda personal puesto que somos parte de una gran red de relaciones y conexiones. Esta realidad de una existencia vinculada nos lleva a entender que el bienestar total requiere movernos del individualismo hacia una vida compartida. Este convivir implica el uso sabio de las habilidades sociales con las cuales hemos sido equipados. Ahora, si bien es cierto que biológica y psicológicamente estamos “cableados” para vivir en relación, también es verdad, que, para lograr un convivir renovador y transformador se requiere del desarrollo concientizado de las destrezas sociales.

Este convivir significativo y trascendente representa entonces tanto un anhelo como un desafío. Un anhelo en el sentido de que nuestra naturaleza nos mueve hacia ese ideal de una vida compartida y un reto pues este convivir es un poco complejo. La complejidad de una vida vinculada la podemos notar en las rupturas relacionales que ocurren a nivel personal, familiar, comunitario y global. De hecho la gregaredad de los seres humanos es muy peculiar, en el sentido de que, por lo general, no establecemos nuestras relaciones en base a nuestra programación genética o biológica, sino que, haciendo uso de nuestra inteligencia nos conectamos con los demás teniendo en mente un cuadro existencial más amplio, al cual, llamamos proyecto de vida.

Las metas dentro de ese proyecto de vida –en gran manera– guían nuestra selección del grupo al cual perteneceremos. Es por esto, que aún el sistema familiar más cercano puede ser ‘escogido’ en función del gran plan existencial que de forma consciente nos hemos propuesto. Este círculo familiar no está limitado por vínculos sanguíneos, sino implicado con una exigencia en tanto seres racionales y, por ello, haciendo uso de nuestras habilidades intelectuales y afectivas podemos conformarlo. En este sentido, la ruptura en las relaciones humanas, lejos de señalar una debilidad o deficiencia, puede indicar un acto de sabiduría y valentía, ya que, demuestra nuestra capacidad de tomar decisiones y de actuar en congruencia con la protección del gran proyecto de vida o, en reconocimiento de la vida en abundancia para lo cual hemos sido diseñado.

Los estudios neurológicos nos confirman que la búsqueda social no está desprovista de la capacidad selectiva necesaria para la sobrevivencia y el florecimiento humano. Desde el mismo momento en que conocemos a una persona, el cerebro, basado en las memorias genéticas y culturales, nos da indicaciones acerca de las características holísticas de ella o de su cerebro. En esa primera ocasión o encuentro, sentimos y pensamos en la conveniencia de seguir con esa conexión social o, por el contrario, si es necesario que nos distanciamos de esa persona. En línea general, es sabio prestarle atención a esas intuiciones iniciales que el cerebro nos advierte, porque muy a menudo éste tiende a estar en lo correcto. En el evento de que decidamos nutrir esa relación, al acercarnos más y dar más de quienes somos, necesitamos seguir conscientes de que hay relaciones que nos acercan o nos desvían de ese gran proyecto de vida. En tal caso, el buen convivir significa algo más que el tener muchas amistades o conexiones sociales, implica el relacionarnos con inteligencia a fin de que logremos experimentar el bienestar total. Significa un

bienestar conectado de manera vivificante con nosotros mismos, con las demás personas, con la flora, con la fauna, con el universo y con el Creador.

Es así como la vida plena ha de ser el *macrolente* a través del cual evaluamos las relaciones que establecemos durante nuestra existencia. Por supuesto, ese proyecto personal de vida plena tiene sentido, siempre y cuando, se inserte y vincule con el contexto social donde convivimos. El proyecto de vida personal visto en perspectiva con el proyecto social del grupo y comunidad al cual pertenecemos, nos energiza y nos motiva. Este plan existencial también se asocia con requerimientos específicos que permiten darnos cuenta de cuan claras son nuestras metas y nuestros sueños, es por ello, que necesitamos tener poder de voluntad y perseverancia para proseguir el camino hacia la meta última existencial: convivir en plenitud.

En tal caso, se trata de un convivir significativo, que hace la diferencia no solamente en nuestras vidas y en las vidas de las demás personas, sino, también, en el resto de la creación. La interconexión que existe entre todo lo creado y todo lo que compone este universo, es demostrativo de la necesidad de cooperar y colaborar, para así, en amor, dejar a un lado la competencia, el aprovechamiento desmedido y la exagerada explotación de todos los recursos. El llamado es a la interdependencia social y ecológica donde cada persona, dentro de sus realidades y posibilidades, experimente una convivencia renovadora, potenciadora y generativa. Es a través de este tipo de vinculación que crearemos una humanidad distinta donde reine una cultura de paz, de justicia, de humildad y de gracia.

Un convivir que haga la diferencia está marcado por la práctica de la hospitalidad, la generosidad, la solidaridad y la compasión. El ejercicio consciente y consistente de estas fortalezas sociales nos equipará para vivir de manera abundante al relacionarnos con entendimiento y propósito. Este tipo de vinculación dejará ver el nivel de inteligencia social nuestro. Una inteligencia capaz de revelarnos las visiones y perspectivas idóneas que nos permita procurarnos y ocuparnos por la importancia de crear un clima afectivo donde cada miembro de nuestro grupo o comunidad se sienta animado a usar todas sus capacidades y explorar todos sus potenciales.

Una vinculación con un alto sentido de responsabilidad social nos permitirá, además de reconocer la necesidad de soñar y esperanzarnos, el estar conscientes de que si podemos aprender a dialogar sin hacer uso de conductas agresivas y descalificadoras hacia las personas que sostienen puntos de vistas diferentes al nuestro. Un dialogo con sentido de escucha que oriente las acciones hacia propósitos y beneficios comunes, por supuesto, manteniendo siempre un clima conciliador y solidario. De manera que, si es posible convivir de manera plena, si es posible desarrollar vínculos significativos que nos permitan en el presente disfrutar del bienestar total y, al mismo tiempo, dejar un legado positivo a la posteridad. Hagamos la diferencia al hacer uso frecuente de estas fortalezas sociales las cuales hacen referencia a las actitudes y conductas de convivencia que nos permiten conectarnos de una manera más significativa y trascendente con nuestros semejantes. Con la intención de identificar y fortalecer nuestras fortalezas sociales dialoguemos entonces acerca de la **hospitalidad, la generosidad, la solidaridad y la compasión.**

**La hospitalidad**, o la disposición a crear un espacio en nuestras vidas donde las demás personas puedan encontrar un lugar para descansar, renovarse y proyectarse, ha sido una de las fortalezas sociales máspreciadas en todas las culturas y a través de las edades. El poeta romano Publio Ovidio (43 a.C. —17 d. C.) en su obra *Las Metamorfosis* ilustra, con el cuento de Baucis y Filemón, el poder de la hospitalidad. En este mito, se relata que una vez el dios Júpiter, creador del cielo y de la tierra, y su hijo Hermes, decidieron disfrazarse de pobres y así venir a este mundo para ver como convivían los humanos. Al llegar a esta tierra visitaron muchos lugares y se encontraron con mucha gente. Júpiter y Hermes se sintieron muy tristes por el trato inhospitalario que estaban recibiendo. Al pedir ayuda nadie les echaba la mano. Al contrario en ocasiones fueran víctimas de la violencia y en general tratados como sucios y con desgano. A la verdad, Júpiter y Hermes sufrieron mucho. Después de tanto vagar y sentirse despreciados anhelaban agua fresca, un plato de comida caliente y una cama para descansar. Un día llegaron a Frigia, un lugar donde desterraban a la gente rebelde y criminal. Allí vivía una pareja muy pobre y de avanzada edad, Filemón y Baucis, quienes habían llegado a ese lugar desde jóvenes y disfrutaban de una gran armonía y paz, al convivir con mutualidad.

El dios Júpiter y el dios Hermes estaban disfrazados de seres humanos mortales cuando llegaron a la casa de Filemón y de Baucis. Al tocar la puerta rápidamente le abrieron diciéndoles, forasteros, ustedes se ven cansados y con hambre, pasen adelante. Nuestra casa es pobre pero lo suficiente para acogerles. Júpiter y Hermes tuvieron que agacharse para entrar y, en ese mismo momento, sintieron el calor humano y la hospitalidad que le estaban ofreciendo. Filemón y Baucis le ofrecieron agua, les lavaron sus pies, le dieron de comida y le ofrecieron su propia cama para que durmieran. De repente, esa noche se viene una tormenta y la crecida de las aguas puso en peligro la vida de los animales y de las personas de ese vecindario. Baucis y Filemón se excusaron de sus huéspedes y se apresuraron a ir en ayuda de sus vecinos. Fue entonces donde se produjo la gran metamorfosis. La tormenta cesó y la choza se convirtió en un templo de mármol con techo de oro. En ese momento el dios Júpiter y el dios Hermes revelaron su verdadera identidad a sus anfitriones. Al instante Baucis y Filemón se inclinaron en señal de adoración y llenos de alegría. El dios creador Júpiter le dijo a Baucis y a Filemón, pedid lo que queráis y yo se los concederé. Al unísono respondieron queremos servirles en este templo por el resto de nuestros días. Hermes también les dijo que pidieran lo que quisieran y ellos le dijeron que después de largos años de amor y concordia a ellos les gustaría morir juntos. Los dioses les prometieron que ocurriría tal cual lo habían pedido. Y así Baucis y Filemón sirvieron en el templo hasta el día cuando murieron juntos convertidos en dos árboles frondosos cuyas ramas y copas se entrelazaron en una caricia sin fin para que todo aquel que pasará por esa región supiera de lo que había ocurrido allí. Y los más viejos del lugar siguen repitiendo la moraleja de la leyenda: quien acoge al peregrino, al pobre, al extranjero acoge a Dios. Quien acoge a Dios se convierte en templo de Dios. Quien comparte su mesa con el extraño hereda la feliz inmortalidad. Así cierra su relato el poeta romano Ovidio que ilustra la importancia de la hospitalidad.

Los escritos apostólicos cristianos hacen el mismo énfasis acerca de la hospitalidad. El Apóstol Pablo les recuerda a los cristianos en Roma que “practiquen la hospitalidad con los excluidos y los necesitados” (Romanos 12:3) y, también menciona, que una característica importante de un líder religioso es que sea hospitalario (1 Timoteo 3:2; Tito 1:8); Pedro anima a sus seguidores a que “sin murmurar practiquen la hospitalidad” (1 Pedro 4:9) y el libro a los Hebreos alienta a los

cristianos a que “sigan amándose unos a otros fraternalmente sin olvidar de practicar la hospitalidad, pues gracias a ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles” (Hebreos 13:2). De hecho las palabras de Jesús de Nazaret fueron claras al decir de que las personas que participen de la plenitud del reino de Dios serán aquellas que hayan practicado la hospitalidad (Mateo 25:35-40). La Biblia Hebrea también acentúa el valor de practicar la hospitalidad, “haz justicia al huérfano y a la viuda, ama al extranjero no oprimiéndole sino más bien proveyéndole ropa y alimentos y tratándoles con los mismos derechos que un ciudadano israelita” (Deuteronomio 10:18-19; Éxodo 23:9; Levítico 19:33-34).

La hospitalidad como una actitud y como una habilidad involucra todo el ser: nuestros pensamientos, nuestras emociones, nuestro espíritu y nuestras relaciones. El hacer espacio en nuestras vidas para que otras personas puedan visitarla y sentirse bienvenidas es una habilidad que se desarrolla con la práctica. Un buen punto de partida para practicar la hospitalidad puede ser el hacerlo con nuestros familiares, nuestras amistades y compañeros de estudio o trabajo. Luego podemos pasar al siguiente desafío de la hospitalidad que implica abrir las puertas de nuestras vidas, de nuestras instituciones y de nuestras comunidades a personas que no conocemos, a extraños. “Más bien, cuando des un banquete, invita a los pobres, a los inválidos, a los cojos y a los ciegos. Entonces serás dichoso, pues aunque ellos no tienen con qué recompensarte, serás recompensado en la resurrección de los justos” (Lucas 14:13-14).

La ética de la hospitalidad también habla de la importancia de proteger nuestra vida y la vida de nuestros familiares. El ser hospitalario no implica comprometer nuestra integridad al abrirles las puertas de nuestra casa a personas extrañas. El sentido común y el buen juicio nos indican que necesitamos extender la mano a las personas extrañas, pero, no necesariamente, a expensas de nuestra seguridad. Por ejemplo, podemos proveerle comida, abrigo y estadía en instituciones diseñadas para ese fin como hoteles o albergues. El ejemplo más clásico de hospitalidad y solidaridad lo encontramos en la famosa parábola del Buen Samaritano; donde, un samaritano lleva a la persona extraña y doliente a un hotel y le paga por la estadía, la comida y el cuidado. Hay instituciones que se especializan en ofrecer ese tipo de hospitalidad. Es nuestro deber, identificar a estas instituciones, conectar a las personas extrañas con ellas y proveer la ayuda financiera (sino directamente a través de nosotros, hacerlo por medio de otras agencias que presten este tipo de ayuda), para que así puedan recibir los servicios requeridos. De hecho, la idea de hospitales y hoteles surge de la necesidad de poder cumplir con el compromiso de la hospitalidad. Lo que no podemos hacer es hacernos los desentendidos de las necesidades de nuestros semejantes.

La posibilidad de abuso de la hospitalidad siempre está presente. Los cristianos del segundo siglo enfrentaron ese problema, como se puede ver en el tratado llamado La Didache o Didajé, donde señalaban de manera clara como tratar a los extraños: “Todo el que viniere en nombre del Señor, recibidle. Luego examinándole le conoceréis por su derecha y por su izquierda, pues tenéis discernimiento, conocimiento de lo bueno y de lo malo. Si la persona que viene es un peregrino, asístelo en lo que puedas, pero no se debe quedar contigo por más de dos o tres días, al menos haya una necesidad. Si quiere quedarse entre vosotros, teniendo un oficio, que trabaje para su sustento. Si no tiene oficio, proveed según prudencia, de modo que no viva entre vosotros cristiano alguno ocioso. Si no quiere aceptar esto, se trata de un traficante de Cristo. De éstos mantente lejos” (12: 1-5).

El concepto de hospitalidad es en sí mismo revolucionario y algo subversivo; el mismo, invita a salir de la comodidad nuestra y tomar riesgos al darles la bienvenida a personas extrañas en nuestra vida. Sobre todo, el abrirle las puertas de nuestras vidas a personas que viven en los márgenes de nuestra sociedad. El desafío es aún mayor cuando somos llamados a tratarlos con gentileza y bondad, y, además, a que lo aceptemos como seres humanos iguales. De manera que, necesitamos esforzarnos para que nuestros huéspedes se sientan acogidos, escuchados, notados, valorados, dignificados y, por encima de todo, que experimente un sentido de pertenencia. Esto es posible cuando comenzamos tratándonos como iguales pero, al mismo tiempo, reconociendo el valor de las diferencias. Es por esto, que la hospitalidad también llama por un servicio sin intereses personales, llama por un servicio sin implicaciones proselitistas. Entonces, debemos darle la bienvenida a las personas a nuestras vidas e instituciones con una disposición sincera, honesta y transparente, por lo que, es impropio y deshonesto dar hospitalidad con la intención de cambiar la manera de pensar de las personas, o de querer cambiar su filosofía de vida imponiendo que adopten nuestros paradigmas existenciales. En este sentido, la hospitalidad implica el satisfacer las necesidades de un extraño, pero, al mismo tiempo, esto debe ocurrir dentro del contexto del sumo respeto a la dignidad de la persona.

En nuestra sociedad hay un gran número de personas forasteras, vulnerables, desfavorecidas, extrañas, excluidas y marginadas; personas que no cuadran en nuestras comunidades ya sea por condiciones económicas, por sus enfermedades, por sus apariencias, por su género, por su edad, por su educación, por su estatus migratorio o por sus estilos de vida. La hospitalidad representa una oportunidad que tenemos para reflejar el carácter de Dios hacia los demás, ya que, al aventurarnos más allá de nuestras fronteras y comodidades y decidir extender la mano, ofrecer nuestro tiempo, nuestra vida, nuestra casa, nuestra institución, nuestros oídos, a una persona extraña estamos actuando como Dios actuaría. Esta aventura hospitalaria es también una oportunidad para que seamos repotenciados en el amor del Creador y así ser reconfortados al brindar nuestra ayuda. Este fenómeno de potenciación o empoderamiento se debe a que la hospitalidad es una experiencia de mutualidad donde tanto el anfitrión como el huésped crecen, renuevan y sanan. En la hospitalidad también aprendemos a estar conscientes que fuimos y seremos huéspedes. De manera que el ser anfitrión nos prepara para ser un mejor huésped. Dice el refrán *“hoy por ti mañana por mí”*.

**La generosidad** o la práctica de dar a los demás lo que es nuestro, incluyendo nuestro ser, involucra cada una de nuestras dimensiones existenciales tales como lo cognitivo, lo afectivo, lo social y lo espiritual. En este sentido, deseamos dar, nos gozamos dando, nos gusta dar, crecemos al dar, mejoramos al dar, dar nos da sentido y propósito, dar nos conecta con los demás, hacemos justicia al dar, en fin, damos porque amamos. Este tipo de dar implica que, haciendo uso de nuestra libertad y movidos por el amor, decidimos compartir lo que es nuestro con otra persona o institución. Este dar, nos protege además del egoísmo, de la compulsión por una excesiva acumulación la cual puede generar desequilibrios en la administración de los recursos disponibles a la humanidad.

La generosidad como cualquier otra habilidad, se desarrolla a través del dar sistemático. Este dar es más significativo cuando la persona que lo recibe tiene una necesidad identificada. La motivación principal para dar lo que tenemos es el amor y consideración por nuestros

semejantes. Pero, después del amor hay muchas otras razones por las cuales somos movidos a compartir lo nuestro. Entre estas otras fuerzas motivacionales se encuentran la gratitud, la compasión, el ejemplo de otras personas y el sentido de compromiso con el Dador de todas las cosas. El dar también refleja nuestro grado evolutivo de la fe, toda vez que, al compartir lo que tenemos y lo que somos estamos actuando en la misma dirección del Espíritu (Filipenses 2:1-4). Cabe aclarar que la generosidad se expresa, no solo en bienes materiales, sino también, en referencia a la atención que le brindemos a los demás, al tiempo que, le ofrezcamos a nuestros semejantes.

En el contexto de la Biblia Hebrea los líderes religiosos tenían un compromiso de proveer ayuda a los grupos más necesitados: las viudas, los pobres, los huérfanos y los extranjeros (Deuteronomio 24:17; 26:12-13; Isaías 1:17; Zacarías 7:10; Salmos 146:9). Los levitas fueron asignados para que identificaran las necesidades de este grupo y distribuyeran entre las personas que lo ameritaban los donativos que recibían de los agricultores y ganaderos de la región. Estos donativos consistían primariamente en granos, animales, aceite, vino y miel (Números 18:11-18; 2 Crónicas 31:5-6). Era por esto que los levitas vivían entre el pueblo donde funcionaban también como “trabajadores sociales” en el sentido de que sabían quiénes eran los necesitados de la comunidad. De paso la función de los levitas cambió mucho a través de la historia del pueblo de Israel. Es así como los encontramos prestando sus servicios como músicos del templo, como guardianes del templo, haciendo mantenimiento del templo, como asistentes de los sacerdotes, maestros de la Tora, y también como sacerdotes (Levítico 10:11; Números 1:50-51; Números 3:6-10; 1 Crónicas 23:28-31). Pero de cualquier manera a ellos se les había asignado el trabajo de encargarse de la gente más necesitada del pueblo de Israel y para protegerlos de la tentación de la corrupción a este grupo se les prohibió tener bienes (Números 18:20-24; Deuteronomio 14:29; 18:1-2; Nehemías 10:37-39).

Así que los levitas recibían los donativos (representados por el diez por ciento de la producción) y lo distribuían entre los pobres, las viudas, los huérfanos y los extranjeros. Los levitas también podían tomar de ese diezmo para su propio sostenimiento alimentario. Además, los levitas tenían que tomar un diez por ciento del donativo que recibían y llevarlo a los sacerdotes que servían en el Templo (Números 18:25-32). Los sacerdotes por lo general vivían en sus respectivos hogares fuera de la ciudad pero, cada cierto tiempo, cuando les tocaba el turno de servir en el Templo venían a cumplir con sus labores religiosas y luego regresaban a sus trabajos tradicionales. Por esta razón, los levitas, del diezmo que recibían de parte de los ganaderos y agricultores, apartaban un diez por ciento de los productos y lo traían a los sacerdotes para que se sustentaran mientras servían o estaban de guardia en el Templo.

Este plan funcionó por un tiempo, sin embargo eventualmente los levitas y los sacerdotes decidieron unir esfuerzos y distribuirse entre ellos todos los donativos o diezmos descuidando así el deber con las viudas, los pobres, los huérfanos y los extranjeros. Es por eso que se escriben discursos proféticos duros en contra de los líderes religiosos, tal cual lo registra Nehemías y Malaquías quien dice que los sacerdotes robaron a Dios al guardarse para ellos lo que debió ser para las personas más necesitadas del pueblo (Malaquías 1:6; 2:1; 3:5, 9; Nehemías 13:8-13). En el contexto bíblico robarles a los pobres, oprimidos y marginados es robarle a Dios. De allí, la indignación de Dios contra los líderes religiosos corruptos que habían desviados los donativos para satisfacción de sus propios intereses en detrimento del pueblo pobre. Dios se presenta como

el defensor de los pobres y vulnerables. “No explotes al pobre porque es pobre, ni oprimas en los tribunales a los necesitados; porque el Señor defenderá su causa, y despojará a quienes los despojen” (Proverbios 22:22-23; Proverbios 23:10-11; Deuteronomio 10:17-18).

Hoy día hay muchas instituciones, agencias comunitarias e iglesias que reciben donaciones o diezmos de personas, de familias y de empresas, y quienes de manera fiel y con un alto compromiso ético distribuyen lo que reciben entre la gente necesitada. Estas instituciones gastan muy poco de las donaciones recibidas en el pago del personal o asuntos administrativos y dedican la mayor parte del donativo para la ayuda directa a las personas pobres. De hecho, este es uno de los mejores indicadores para identificar la eficiencia y salud financiera de una institución sin fines de lucro. Mientras menos se invierte en gastos administrativos y más llegue a la gente que lo necesita, mayor es la eficiencia de esa institución. Pero el abuso de la generosidad también está presente y, lamentablemente, algunos líderes, políticos y religiosos, deciden hacer lo mismo que los sacerdotes y levitas hicieron en el tiempo de Malaquías; robar al pueblo. La invitación a estos líderes es la misma: regresa los bienes que le quitaste al pueblo porque robar a los pobres es robarle a Dios. “Ahora, pues, este mandato es para ustedes, los sacerdotes. Si no me hacen caso ni se deciden a honrar mi nombre dice el Señor Todopoderoso, les enviaré una maldición, y maldeciré sus bendiciones... Los labios de un sacerdote atesoran sabiduría, y de su boca los hombres buscan instrucción, porque es mensajero del Señor Todopoderoso. Pero ustedes se han desviado del camino y mediante su instrucción han hecho tropezar a muchos; ustedes han arruinado el pacto con Leví, dice el Señor Todopoderoso” (Malaquías 2:1-2, 7). Pero por misericordia Dios les enviara su mensajero para que les purifique y así abandonen el camino de la corrupción (Malaquías 3:1,3, 5).

La generosidad abre un abanico de oportunidades para crecer, transformarse y hacer la diferencia en esta humanidad. Si bien es cierto que hay personas e instituciones que han usado indebidamente los donativos recibidos, esto, no debe desanimarnos en el dar y en el darnos. No nos cansemos de ser generosos simplemente seamos prudentes al tomarnos tiempo para analizar si realmente hay una necesidad en una persona o institución. Si escogemos compartir lo nuestro con una institución o iglesia podemos solicitar se nos indique los registros que muestren cuanto de lo recibido termina llegando a las personas necesitadas. Porque la idea es que nuestros donativos hagan una diferencia en las personas que realmente lo necesitan. En este sentido, el sabio autor del proverbio dice que “darle al pobre es como hacerle un préstamo al Señor; Dios pagará esas buenas acciones” (Proverbios 19:17). De manera que darle a Dios lo que le corresponde es dar y ser generosos con los demás a fin de que en el pueblo de Dios no haya gente viviendo en la miseria. “Y no habrá menesteroso entre vosotros” (Deuteronomio 15:4).

La generosidad, también significa una cuestión de equilibrio. Damos en función de nuestra realidad o de lo que tenemos. Lo cierto es que, no podemos dar lo que no es nuestro. El Apóstol Pablo dice: “No se trata de que otros encuentren alivio mientras que ustedes sufren escasez; es más bien cuestión de igualdad. En las circunstancias actuales la abundancia de ustedes suplirá lo que ellos necesitan, para que, a su vez, la abundancia de ellos supla lo que ustedes necesitan. Así habrá igualdad, como está escrito: Ni al que recogió mucho le sobraba, ni al que recogió poco le faltaba” (2 Corintios 8:13-15).

En esta última década de la historia de la humanidad, es alentador el mirar como un gran número de hombres y mujeres con gran capacidad de dar han decidido compartir con las personas más necesitadas del mundo las riquezas que acumularon. Un ejemplo de esto es Warren Buffet quien cuenta con un capital de 40 mil millones de dólares y es considerado como una de las personas más ricas del mundo. Él decidió dar 37 mil millones de su capital a cinco diferentes fundaciones que están ayudando a las personas más necesitadas del mundo con agua, comida, salud, vivienda y educación. Como la generosidad tiene un elemento afectivo es contagiosa y muchas otras personas de gran afluencia económica, tales como Bill Gates, están siguiendo el paso del señor Buffet. Estas personas de alguna manera están ayudando a que el sueño de Dios para este mundo se haga realidad: que no haya pobreza extrema y que cada ser humano viva con dignidad. “Entre ustedes no deberá haber pobres... Y así será, siempre y cuando obedezcas al Señor tu Dios y cumplas fielmente todos estos mandamientos que hoy te ordeno. El Señor tu Dios te bendecirá, como lo ha prometido” (Deuteronomio 15:4-5). Quizá nosotros no tengamos la capacidad económica de Warren Buffet pero si tenemos la capacidad de ayudar a la persona pobre, a la viuda, al huérfano, al extranjero y a la persona vulnerable que vive en nuestro “vecindario”. Ayudando a una persona a la vez si hacemos la diferencia. “El que es generoso será bendecido, pues comparte su comida con los pobres” (Proverbios 22:9). Es importante notar que la mayor bendición está en el compartir con las personas económicamente más vulnerables.

Vamos entonces a compartir nuestra alegría, nuestro tiempo, nuestra persona y nuestros bienes con gozo, sabiduría y buena disposición. Seamos generosos al vivir en justicia manteniendo en mente que “el que siembra escasamente, escasamente cosechará, y el que siembra en abundancia, en abundancia cosechará. Cada uno debe dar según lo que haya decidido en su corazón, no de mala gana, ni por obligación, porque Dios ama al que da con alegría. Y Dios puede hacer que toda gracia abunde para ustedes, de manera que siempre, en toda circunstancia, tengan todo lo necesario, y toda buena obra abunde en ustedes. Como está escrito: Repartió sus bienes entre los pobres; su justicia permanece para siempre. El que le sule semilla al que siembra también le suplirá pan para que coma, aumentará los cultivos y hará que ustedes produzcan una abundante cosecha de justicia. Ustedes serán enriquecidos en todo sentido para que en toda ocasión puedan ser generosos, y para que por medio de nosotros la generosidad de ustedes resulte en acciones de gracias a Dios” (2 Corintios 9:6-11).

**La solidaridad** es una invitación a recordar que somos parte de una gran realidad, y que estamos en este mundo para vivir, en comunidad y con un espíritu de cooperación, de manera más plena. La solidaridad nos dice que la vía hacia esa plenitud es posible a través de la interdependencia, la cohesión y el trabajo colectivo. La misma palabra en Latín *in solido* habla de esa realidad que somos parte del todo, que tenemos una responsabilidad compartida y una historia en común. Como humanidad somos un cuerpo sólido compuesto por todos los miembros de manera que lo que afecta a un miembro afecta al resto. Un mundo donde el logro de uno es el logro del otro, y la tristeza del uno es tristeza para el otro. Como humanidad y como un todo, aunque cada miembro tiene su unicidad, particularidad e idiosincrasia, tenemos intereses comunes y compartidos. Como hombres y mujeres creados a la imagen de Dios somos parte de una gran familia, somos hermanos y hermanas habitando juntos en los senos de la madre tierra.

Este tipo de conciencia colectiva y compromiso mutuo que llamamos solidaridad nos mueve a tomar responsabilidad y así vivir una vida con significado social donde los intereses de las demás

personas no son ajenos a nuestra realidad. Tanto el dolor como la alegría de las demás personas nos tocan y nos conmueve. De manera que “lloramos con los que lloran y nos alegramos con los que están alegres” (Romanos 12: 15). Como lo decía el Dr. Martin Luther King, Jr., “Nos encontramos atrapados en una red inescapable de solidaridad, unidos en el destino. Cualquier cosa que afecte a uno directamente nos afecta a todos indirectamente” (Carta desde la prisión de Birmingham, 1963). Esta solidaridad social tiene mayor sentido cuando se entiende dentro del contexto de responsabilidad ecológica. De manera que asumimos el compromiso de nutrir y cuidar las relaciones que sostenemos con las plantas, los animales y el resto de la creación. La mutualidad propia de todas estas conexiones nos inyecta la energía compasiva necesaria para poder vivir la vida a plenitud.

**La compasión o misericordia** mueve cada fibra de nuestro ser: lo cognitivo, lo afectivo, lo social y lo espiritual. Etimológicamente compasión hace referencia a la capacidad que tenemos de “sentir con” las demás personas e identificarnos con el dolor que puedan estar enfrentando. El poder de la compasión nos impulsa a trascender la pena que podamos sentir al ver el sufrimiento en nuestros semejantes y, por tal motivo, decidimos hacer algo para aliviar el peso que les agobia. De allí, la belleza de la palabra misericordia que implica que al notar el sufrimiento de otras personas nuestro corazón se conmueve de tal forma que hacemos lo posible para aliviar o eliminar la miseria que les acontece o experimentan. En este sentido la compasión incluye la empatía, es decir el comprender la experiencia emocional de la otra persona para adoptar su perspectiva, pero va más allá, porque nos invita a la acción para eliminar la fuente del dolor.

Las Escrituras Bíblicas presentan a Dios como un ser compasivo en quien abunda el amor y la fidelidad. “Pero tú, Señor, eres Dios clemente y compasivo, lento para la ira, y grande en amor y verdad” (Salmos 86:15). Los Escritos Apostólicos presentan a Jesús de Nazaret como un ser humano que movido por la compasión sanó a los enfermos, luchó por los oprimidos y liberó a los cautivos (Mateo 9:36; 14:14; Marcos 6:34; Lucas 7:13). El llamado a los cristianos es a imitar la compasión de Jesús de Nazaret: “Sean compasivos, así como su Padre es compasivo” (Lucas 6:36). La compasión era tan central en el mensaje de Jesucristo que él les dijo a sus oyentes que para participar en su reino era necesario ser compasivos. El tipo de compasión del cual Él hablaba tenía implicaciones multiculturales. Esto se ilustra en la parábola del Buen Samaritano donde se puede notar la convergencia de la hospitalidad, la generosidad, la solidaridad y la compasión.

La parábola del Buen Samaritano fue compartida por Jesús de Nazaret como respuesta a una pregunta que le hicieron con respecto a la manera como el ser humano puede alcanzar la plenitud existencial y la vida eterna. Él respondió diciendo que vivimos de manera plena cuando pensamos, actuamos y nos relacionamos en amor. Él enfatizaba que vivimos en plenitud cuando movidos por la equidad y el amor valoramos a las demás personas al punto de estar dispuestos a desafiar los paradigmas tradicionales y prejuicios establecidos por la sociedad.

Jesús de Nazaret les contó: “Un hombre iba por el camino de Jerusalén a Jericó, y unos bandidos lo asaltaron y le quitaron hasta la ropa; lo golpearon y se fueron, dejándolo medio muerto. Por casualidad, un sacerdote pasaba por el mismo camino; pero al verlo, dio un rodeo y siguió adelante. También un levita llegó a aquel lugar, y cuando lo vio, dio un rodeo y siguió adelante. Pero un hombre de Samaria que viajaba por el mismo camino, al verlo, sintió compasión. Se

acercó a él, le curó las heridas con aceite y vino, y le puso vendas. Luego lo subió en su propia cabalgadura, lo llevó a un alojamiento y lo cuidó. Al día siguiente, el samaritano sacó el equivalente al salario de dos días, se lo dio al dueño del alojamiento y le dijo: Cuide a este hombre, y si gasta usted algo más, yo se lo pagaré cuando vuelva. Pues bien, ¿cuál de esos tres te parece que se hizo prójimo del hombre asaltado por los bandidos? El maestro de la ley contestó: El que tuvo compasión de él. Jesús le dijo: Pues ve y haz tú lo mismo” (Lucas 10:30-37).

Un cuento o historia se convierte en una parábola cuando uno decide identificarse con uno de los caracteres del relato. Allí comienza el desafío para los oyentes, vale decir, el tomar parte de esta historia implicaba el estar dispuesto a desafiar las maneras comunes de entender y relacionarse con el mundo y con las demás personas. Jesús comienza diciendo: una vez un hombre viajaba de Jerusalén a Jericó. El solo hecho de mencionar a estas dos ciudades evocaba diferentes emociones e imágenes. La situación política y económica en ese entonces para ese país era bien difícil: niveles altos de desempleo, una inflación por las nubes, problemas de corrupción, impuestos imperiales y locales elevados y una inseguridad apremiante. El camino de Jerusalén a Jericó era un camino muy transitado y por demás peligroso. Los secuestros, las alcabalas improvisadas por bandidos y los atracos eran muy comunes en esa región desolada.

La razón de esta inseguridad era compleja porque muchos de estos bandidos por lo general eran hombres que debido a deudas incurridas por renta de tierras, impuestos al gobierno, y diezmo a la institución religiosa, se veían obligados a huir a las montañas para eludir las represalias de sus acreedores. Ellos veían estos secuestros y atracos a personas adineradas como un medio de subsistencia y de resistencia a la opresión. Estos bandidos por lo general atacaban no con el propósito de matar, sino con la intención de robar a las personas con buenos medios económicos. De manera que al decir Jesús que el hombre “cayó en manos de bandidos” algunos se vieron identificados tanto con el sufriente como con los maleantes.

El relato añade que el hombre sufriente quedó inconsciente y estaba desnudo de manera que no se podía saber el grupo étnico o comunidad religiosa al cual pertenecía. La vestidura de una persona podía revelar su nacionalidad, su religión o su posición social y económica. Al estar desnudo era solo un ser humano que tenía necesidad. Un hombre a quien los asaltantes dejaron abandonado, indefenso y medio muerto de manera que si no recibía ayuda de cierto moriría. Jesús sigue con su historia trayendo a mente la jerarquía de santidad que existía en ese momento donde los sacerdotes estaban de primero seguido por los levitas y los israelitas varones de sangre pura. En esa lista de importancia los niños abandonados estaban de noveno seguidos por los eunucos. Los primeros tres constituían la casta más importante de esa sociedad.

Esta parábola es una crítica radical de la política de la santidad que caracterizaba la conducta social del judaísmo de ese siglo. La mención de sacerdotes y levitas, quienes representaban la política dominante de la santidad, y de un samaritano que era un inmundo según la política de la pureza, despertaba emociones y sentimientos difíciles de reconciliar; en tanto, aceptar las premisas de la historia, era aceptar que todos los seres humanos son iguales e importantes. Es por esto que acusan a Jesús de Nazaret y a sus seguidores, de que el mensaje que traían amenazaba la esencia de esa religión: “Este hombre no deja de hablar contra este lugar santo y contra la ley. Le hemos oído decir que ese Jesús de Nazaret destruirá este lugar y cambiará las tradiciones que nos dejó Moisés” (Hechos 6:13-14).

La historia se torna aún más desafiante para los oyentes al romper el hilo jerárquico y mencionar en tercer lugar a un samaritano quien, de paso, fue la persona que demostró compasión. Los judíos samaritanos eran considerados por los judíos de Jerusalén como inferiores, indeseables, liberales y detestables. Las Misná dice: “Quien come pan con un samaritano es como quien come carne de cerdo” (Shab 8:10). Siendo el cerdo el animal más detestable e impuro para la cultura judía. Los líderes religiosos y políticos les prohibían a los judíos de Jerusalén aún saludar a los judíos samaritanos lo que llevaba a una cultura de división y de odio (Juan 4:9). Incluso, el mero hecho de mencionar la palabra samaritano constituía una grave injuria en boca de un judío de Jerusalén. Es por esto que aún a Jesús de Nazaret los dirigentes religiosos trataron de decirle en forma de cinismo que él era samaritano. “¿No tenemos razón al decir que eres un samaritano, y que estás loco?” (Juan 8:48). De hecho, cuando un judío samaritano le hacía trabajo a un judío de Jerusalén por lo general era explotado y mal pagado. El odio de los judíos de Jerusalén hacia los judíos de Samaria era tal, que ni siquiera le recibían el impuesto al Templo por considerar que esa acción les contaminaría.

El teólogo mexicano Eduardo Guerra (1999), quien hace una lectura magistral de esta parábola, añade que los oyentes al escuchar el relato no podían hacerse los desentendidos del contenido, pues la parábola les estaba invitando a que tomaran una decisión y definieran con que personaje del drama se identificarían. La toma de decisión no es una tarea fácil, implica, por un lado, que tenían a unos líderes religiosos insensibles y, por el otro lado, a un judío samaritano. Para completar las cosas el relato describe detalladamente la acción compasiva del samaritano y muestra que tanto el sacerdote como el levita pasaron de largo. “Pero un Samaritano que iba de viaje llegó a donde estaba el hombre y, viéndolo, se compadeció de él. Se acercó, le curó las heridas con vino y aceite, y se las vendó. Luego lo montó sobre su propia cabalgadura, lo llevó a un alojamiento y lo cuidó. Al día siguiente, sacó dos monedas de plata y se las dio al dueño del alojamiento diciéndole cuídemelo y lo que gaste usted de más, se lo pagaré cuando yo vuelva” (Lucas 10: 33-35).

El corazón y mensaje de esta parábola es altamente subversivo y revolucionario. Jesús de Nazaret está invitando a sus oyentes a moverse de una cultura basada en la división, el odio y la jerarquía a una cultura de inclusión, amor e igualdad. Él les está llamando a practicar la compasión tanto en pensamiento como en acción. “Lo que quiero es que sean compasivos”. (Mateo 12:7). Jesús de Nazaret les está animando a que sustituyan la política de la exclusión y de pseudo-santidad por una política de apertura y mutualidad. Esta política compasiva les llevaría a identificarse con el dolor físico, mental, espiritual y económico del prójimo y hacer algo para aliviarlo o erradicarlo.

El relato termina con la invitación “anda entonces y haz tú lo mismo” (Lucas 10:37). Sin duda esta parábola tiene una gran vigencia en la vida contemporánea de nuestros pueblos, en especial, los latinoamericanos. De hecho, el contexto socio político que caracteriza las realidades vivenciales de nuestros pueblos tiene mucho parecido al sugerido en el relato. Es muy común el abrazar posturas ideológicas, religiosas y partidistas de manera tan etnocéntrica, totalitarias y dogmáticas y, por esa razón, justificar cualquier atropello, descalificación, humillación al que piensa distinto y hasta negación de los derechos y libertades humanas fundamentales. Son esas nuevas realidades contrapuestas y, al parecer, en algunos casos irreconciliables que impiden

valorar la esencia humana y, con ello, el sentido de hermandad para florecer juntos. Desde esas posturas enfrentadas se asumen comportamientos que descartan y ofenden, llegando en ocasiones a justificar el maltrato a las personas que tienen una manera distinta de entender la vida y el mundo.

Esta es una parábola que nos lleva a revisar nuestros prejuicios, estereotipos y odios para con nuestros semejantes. Por encima de todo, esta parábola nos anima a que si es posible crear una nueva sociedad: una humanidad centrada en la compasión. Un mundo donde reine la hospitalidad, la solidaridad, la generosidad y la compasión. Un mundo compuesto por hombres y mujeres, quienes a pesar de las diferencias y en reconocimiento del valor de la diversidad, aprendieron a convivir de manera plena. Una nueva humanidad donde cada uno será “como refugio contra el viento y un abrigo contra la tormenta, como corrientes de agua en tierra seca, como la sombra de una gran peña en tierra árida”. Una humanidad “donde no se cegarán entonces los ojos de los que ven, y los oídos de los que oyen escucharán. El corazón de los imprudentes discernirá la verdad, y la lengua de los tartamudos se apresurará a hablar claramente. Ya no se llamará noble al necio, ni al tramposo se le dirá generoso”. Una humanidad donde “la obra de la justicia será paz, y el servicio de la justicia, tranquilidad y confianza para siempre. Entonces habitará mi pueblo en albergue de paz, vivirá con seguridad y en moradas de reposo” (Isaías 32:1-5, 17-19).

Paz,

R. Esteban Montilla  
Ministerio Cristiano la Trinidad

Referencias:

Guerra, E. (1999). *La Parábola del Buen Samaritano*. Barcelona, España: Editorial CLIE.